

Gotas nada más

Al otro lado de la brillante mesa de caoba, un alto personaje cuyo nombre me resulta imposible revelar fuma un rotundo Montecristo y me habla empujándome hacia los morros las densas y fragantes nubes de humo de su cigarro.

—Todo el mundo se queja estos días de que, gracias a determinadas complicidades en el aparato del Estado, un preso preventivo ha logrado sus-

traerse a la acción de la Justicia —se ha puesto de pie y, emboscado entre las densas cortinas de su lujoso despacho, contempla con un gesto de asco infinito la enorme columna humana, coronada de pancartas y rojas banderas, que avanza por el paseo del Prado en esta hermosa mañana del 1 de mayo. Mi interlocutor vuelve hacia mí su rostro atezado, impersonal, algo caduco, y añade—: Pero observe usted que nadie ha reparado, excepto los buenos patriotas, en la grave pérdida que supone la huida de uno de nuestros soldados en tiempos como los que corren, cuando todos, incluso aquellos que tenían que estar más agradecidos al régimen anterior, abominan del pasado como si el caudillo hubiera sido un parto de Satán. ¡Lo que hace la propaganda y la televisión, hijo mío!

—Es verdad —le digo, con los ojos puestos en el helicóptero que vigila la abigarrada columna de rojos que capitanean el profesor Tierno y sus boys como un insecto zumbador y obstinado que no encontrara salida en el azulado cristal del cielo.

—Su marcha me ha destrozado —me dice mi anfitrión.

—¿Puedo pensar que el chico ha huido en contra de la voluntad de ustedes?

—¿Cómo se atreve a dudarlo? Durante más de dos años le hemos protegido, incluso le hemos mimado, para que, al fin, nos pague de este modo.

—Un arrebató de juventud.

—Una locura, en efecto. ¿Usted se imagina a ese muchacho, a ese querubín, criado en el seno de una familia española de probadas virtudes cristianas, ejerciendo de mercenario en África del Sur?

—No me lo imagino —le digo—. Otra cosa sería si se tratase de un muerto de hambre. De un preso común; incluso de un comunista.

—¡Ni Carrillo le hubiera salvado de los treinta años! Pero, en nuestro caso, ¿quién se atrevería a suponer que sobre el pobre chico iba a recaer una condena particularmente dura, o que iba a cumplir muchos años de prisión? El sitio de ese muchacho está aquí, con nosotros, en el brazo armado del aparato, ¿comprende usted? Nosotros le hicimos lo que es: un gran patriota; y nosotros le empujamos a hacer lo que hizo en el momento en que se estimó pertinente que lo hiciera. Pero también le lanzamos un cable poderoso desde el mismo instante

de su detención. Y ahora se marcha, pone tierra por medio. Nos deja.

—¿Es seguro, al menos, que se encuentra sano y salvo en el extranjero?

El tipo, del que sólo puedo decir que es simplemente un patriota español, me replica según el conocido estilo del método Ollendorf, teñido de una vaga y paternal melancolía:

—Era un gran profesional. No como esos aficionados que mataron el domingo por la noche de doce navajazos a ese muchacho comunista. ¿Qué necesidad había, me pregunto, de gastar doce puñaladas?

Entre los infinitos gritos que llegan a nuestros oídos, y que por respeto al buen gusto del lector me guardaré de transcribir, se oye a la inmensa muchedumbre entonar a coro: "¡Andrés, hermano, no te olvidamos!".

—¡Para lo que va a servirles! —comenta mi anfitrión, corriéndose el Montecristo con la lengua hacia la comisura de los labios—. Toda esa gentuza no parece darse cuenta de que somos hijos de nuestra Historia. ¿Se esclareció lo de Matesa, lo de Redondela, las muertes de Arturo Ruiz o Carlos González, lo de Atocha...? ¿Y ahora quieren que se esclarezca la muerte del tal Andrés? ¿Podían haberse buscado una pretensión menos estúpida! Por mi parte, pueden romperse la garganta, si eso les consuela. Otra cosa no van a sacar.

Un ordenanza nos acompaña hasta el patio interior del edificio, en el que ya aguarda un espléndido automóvil negro.

—¿A qué hora llega de Argelia el presidente?

—A las cuatro, señor.

Rodamos Goya arriba y hasta nosotros llega la voz de Marcelino Camacho, que se dirige a la multitud congregada en la plaza de la Independencia. Mi anfitrión ordena al chófer que cierre bien las ventanillas, y añade:

—El otro punto de vista concierne a Suárez, que está, qué duda cabe, disgustado —su voz se adelgaza hasta parecer un chillo, una risita breve y feroz en la neblina azulada del habano—: Se quiere el poder; yo diría que se ama apasionadamente el poder. Pero, para alcanzarlo y mantenerse en él, es necesario el viejo aparato, que pasa implacablemente sus facturas. Y eso lo sabe muy bien el presidente.

Detenidos frente a un semáforo, un pobre tipo, evidentemente ebrio y desorientado, le hace al conductor una pregunta a gritos con voz ronca, encanallada:

—Oye, compañero, ¿dónde están los de Cárnicas?

—¡Gentuza! —exclama mi anfitrión. Y con un golpe en el respaldo del asiento ordena al chófer que no se vuelva a detener bajo ningún pretexto, hasta que no haya llegado al aeropuerto. ¡Qué mañana, santo Dios! ■

EL HUIDO INFIEL

ANTON AMARGO

triumfo

DIRECTOR

José Angel Ezcurra

SUBODIRECTOR

Eduardo Hero Teaglen

JEFE DE REDACCION

Victor Márquez Reviriego

REDACCION

Bernardo de Arribabiega ● Carmen Fernández Ruiz ● Joaquín Rábago ● Cristóbal Rubio ● COLABORACION: Juan A. Aledo ● Antonio Amargo ● José Aumentado ● Félix de Azúa ● Pablo Barbés ● Antonio Burgos ● M. Campo Vidal ● Silvestre Cedeño ● P. Costa Morata ● Ramiro Cristóbal ● J. Cruz Ruiz ● Juan Cueto ● Ramón Cobo ● Álvaro Feito ● Tomás Ramón Fernández ● I. F. de Castro ● Carlos Fuentes ● Diego Galán ● J. L. García Delgado ● Genaro Goicochea ● José A. Gómez Marín ● Fernando González ● Juan Goytizolo ● Eduardo de Guzmán ● E. Haro Ibars ● Juan A. Hornigdo ● Fernando López Agudé ● Diego A. Menrique ● Jaime Millán ● E. Mirat Magdalena ● Juan Molá ● José Morales ● J. M. Morano Galván ● Cristina Peri Rossi ● Pezuelo ● Carlos M. Rama ● Josep Ramoneda ● Ignacio Ramonet ● A. Ramos Espejo ● José Ramón Rubio ● Fernando Serrano ● Julia Segura ● Juan Senent Josa ● Ignacio Sotelo ● Julia Urralé ● Dr. J. A. Valbuena ● José M. V. de Soto ● Rodrigo Vázquez Prada ● Martín Villanar ● J. Zamora Torres ● ILUSTRACIONES Y HUMOR: Feiffer ● Quiño ● Ramón ● Sábido ● Zamorano ● SERVICIOS ESPECIALES: L'Espresso ● Le Nouvel Observateur ● Prensa Latina

DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castaño ● CONFECCION: Trinidad Castaño ● Luis M. Turner ● FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez

EDITA

PRENSA PERIODICA, S. A. Pl. Conde Valle Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO E

GERENTE

Juan Carlos Aramburu

CONTABILIDAD: Carlos Utrac ● EXPEDICION: Manuel Fernández ● PROMOCION Y DIFUSION: Manuel Coats ● SERVICIOS GENERALES: Araceli Romero. SUSCRIPCIONES: María José Urizarra



PUBLICIDAD

REGIE PRENSA. Joaquín Morero Lago. Rafael Herrera, 3. 1.ª A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Becker. Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11

IMPRESION

Hauer y Masot, S. A. Pianos, 19. MADRID-6. Depósito Legal: M. 1.272-1958

DISTRIBUCION

Marcos Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A., Carretera de Irún, kilómetro 13,350. Madrid-34

COPYRIGHT BY TRIUMFO 1978. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos si son citados en procedencia. TRIUMFO no devolverá los originales que se solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain.

PRECIO CANARIAS (tarifa aérea): 75 PTS. EJEMPLARES ATRASADOS: 70 PTS.